

LA BATALLA DE LOS TRES REYES Y SUS CAUDILLOS

por ANICETO RAMOS CHARCO-VILLASEÑOR
Coronel de Infantería

I.—MARRUECOS BAJO LAS DINASTÍAS DE LOS BENIMERINES Y BENIUATÁS

Por considerar indispensable, aunque lejano antecedente de la *Batalla del Mejacén, de Alcazarquivir o de los Tres Reyes*, el conocimiento de la situación del *Magreb el Aksa*, por la que se elevaron al trono los *Xerifes Marabut*, caudillos dos de ellos en dicha batalla, comienzo con un simple esbozo de las vicisitudes por las que atravesó el país durante las anteriores dinastías de los Benimerines y los Benuatás.

Los Benimerines o Merinidas, tribus zenetas seminómadas que levantaban sus pobres tiendas en la linde misma del desierto, sin ideario político y religioso alguno y sí sólo con el afán de mejorar su mísera situación, invadieron las regiones septentrionales del actual Marruecos, y tras continuo y enconado pelear terminaron por derrocar a la caduca y ya vacilante dinastía Almohade. En el dilatado espacio de tiempo que ejercieron el poder, fueron perdiendo sus dominios de España, Orán y Tremecén, y, ya reducidos a su propio solar, las triunfantes banderas de Portugal se clavaron en Ceuta y Alcazarseguer. Ello agudizó el feroz espíritu de independencia que siempre ha caracterizado a los bereberes. El sentimiento de nacionalidad, tantas veces olvidado en sus luchas intestinas y al parecer ajeno a su anárquico existir, entonces pujante, se apoyó en el sentimiento religioso, asimismo en muchas ocasiones relajado, pero que a la sazón renacía con violencia y calor propios de nueva doctrina. *Xerifes* (1), puede que algunos de genealogía no muy clara,

(1) Españolizo el plural *xorfa*, de *xerif*, descendiente, como es sabido, del Profeta.

aunque por fuerza de las circunstancias unánimemente respetados como tales, y *morabitos* o santos, quizá no todos lo suficientemente virtuosos, mas sí, sin excepción, ciegamente venerados, a la vez guerreros, pregonan la *guerra santa*; enardecen a los suyos; combaten a sus soberanos, incapaces de oponerse a la acción de los cristianos; unen esfuerzos y voluntades tendentes al mismo noble anhelo de defender el territorio patrio. Y también un *xerife*, Abú Abd Al-lah el Hafid, fanático, pero igualmente ambicioso, da fin a la dinastía de los Benimerines, asesinando en su propio palacio de Fez, en 1465, al emir Abd el Hak, quien, por cierto, era hijo de una cautiva española y del rey anterior, Abú Said Otmán, que en la Granada nazarita vivió algún tiempo como prisionero.

Al proclamarse rey El Hafid aumentóse el descontento y la anarquía, y un nuevo pretendiente, el merinida Abú Abd Al-lah el Uatasi, gobernador de Arcila, le disputó la corona. Luego de varios años de sangriento guerrear, el *xerife*, derrotado, hubo de refugiarse en Túnez, y con su victorioso rival comenzó una nueva dinastía entroncada con la anterior, la de Beniutatás; pero en el entretanto y después, durante el mando de los dos primeros monarcas, los portugueses extendieron sus conquistas a Arcila, Tánger, Agadir, Safí, Mazagán y Azimur, y los españoles se posesionaron de Santa Cruz de Mar Pequeña, consiguieron la sumisión del reino de Bu Tata, que en 1499 se declaró tributario de Castilla, y ocuparon Melilla, Casasa y el Peñón de Vélez de la Gomera.

* * *

Por aquellos tiempos, rodeado del respeto y aun de la veneración de los suyos, vivía oscuramente en un lugar extraviado del país del Dráa, un cierto y ya anciano *xerife*, que a su privilegiada condición de descendiente del Profeta unía fama de santo y reputación de sabio. El citado Abú Abd Al-lah Momahed el Kaim, en la soledad de su retiro, considerando la descomposición de su patria, la debilidad de sus monarcas y la preponderancia que adquirirían santos y *xerifes*, no sólo como personajes religiosos, sino porque simbolizaban la resistencia a la creciente actividad bélica de los cristianos, pensó no sería un imposible el encumbrarse al poder, el regir como soberano los revueltos reinos del *Magreb el Aksa*. Hombre cauto, al interesar a sus hijos en su ambicioso proyecto, quiso revestirles del máximo prestigio y les envió a la Meca a hacer la peregrinación. Al regresar

de la ciudad sagrada de los mahometanos en posesión del preciado título de peregrino; el mayor, Abd el Kebir, siguió al Sur de Berbería para colaborar con el padre en la dirección de la empresa, en tanto que los otros dos, bien aleccionados, quedaron en Fez gozando de gran influencia; uno, Ahmed el Aarech, como profesor de la *Medarsa* o Universidad, y el otro, el menor, Mohamed el Mehdi, en su cometido de ayo y preceptor de los hijos del segundo soberano Beniutas, Mohamed el Uatasi, llamado por los suyos *El Bortukalii*, *El Portugués* (2).

Fácilmente consiguieron los hijos del Kaim del incauto monarca beniuta la autorización para luchar contra los cristianos, y al conjuro del grito de ¡*guerra santa!* formar un ejército que se nutrió y fortificó en su recorrido triunfal hasta llegar al Sus. Este país y los del Dráa, Tazerualt y Nun les rindieron vasallaje, y desde Tarudant el viejo xerife El Kaim, asistido por su primogénito, gobernó ya como verdadero señor. Ahmed y Mohamed, tras de fracasar en su intento de rendir Agadir, repasaron el Atlas; después de dos combates adversos, en las inmediaciones de Safi destruyeron el ejército de Ben Tafut, moro tan afecto a Portugal, que Manuel I le nombró general de sus tropas en aquel territorio, y con astucia y doblez se apoderaron de la ciudad de Marraquex. Pero como aún no les convenía descubrir sus verdaderos propósitos, siguieron mostrando a su soberano una aparente sumisión.

Muerto *El Bortukalii*, tras el efímero reinado de Abú Hassun, su hermano, sube al trono su hijo Abú el Abbas el Uatasi. Entonces los dos *xerifes*, puesto que el padre y el hermano mayor habían fallecido, aquél de enfermedad y éste en lucha con Lope de Barriga, famoso capitán portugués, se declaran ya en abierta rebeldía y se proclaman soberanos: de Marraquex, Ahmed, y del Sus y Dráa, Mohamed.

Tardíamente convencido El Uatasi del pérfido proceder de los *xerifes*, con poderoso ejército marcha a combatir al mayor de ellos;

(2) Este sobrenombre se debía a que, siendo niño, fué hecho prisionero por los lusitanos que conquistaron Arcila, y en Portugal permaneció varios años, hasta que su padre consiguió rescatarle por el cuerpo del desventurado infante Don Fernando, que quedó en rehenes después del desgraciado intento de ocupar Tánger (1437) y murió en el cautiverio, en Fez, en 1443, por negarse las Cortes de Coímbra a entregar a los marroquíes la plaza de Ceuta, a lo que él mismo, con ejemplar y sublime patriotismo, pidió a su hermano y rey se opusiera.

que se encierra en Marraquex, la urbe populosa que Almorávides y Almohades eligieron para Corte. Allí, en defensa de su hermano acude Mohamed, quien sale para presentar batalla al sitiador, al que derrota y obliga a retirarse a Fez. Vuelve el rey con nuevas fuerzas, pero ya los hermanos rebeldes le esperan en campo abierto, teniendo por fondo natural el Uad el Abid, Río de los Negros. El emir sufre tan completa derrota, que ha de abandonar la artillería y cuanto material pudiera embarazarle en una retirada que pronto se trueca en franca huida.

A esta dura batalla, que la mayor parte de los historiadores sitúan en el año 1532 —936 de la hégira—, asistió en puesto destacado del ejército del rey de Fez, el que lo había sido de Granada, Abú Abd Al-lah, nuestro *Boabdil el Chico*, que al abandonar España encontró en la Corte del primer monarca Beniutatás noble hospitalidad y distinciones debidas a su rango, nunca mermadas por los otros soberanos de la dinastía. Y defendiendo los derechos de sus protectores, en la orilla del Uad el Abid, que fué de los primeros en cruzar para cerrar temerariamente contra el enemigo, cayó con honra aquel infortunado emir nazarita, al que los suyos apellidaron *Zogueibi*, *Desventuradillo*, seguramente más que por haber perdido para sí y para el Islam un reino, porque culminó su desgracia con la tacha de cobarde con la que su propia madre, la altiva y varonil Aixa, le apostrofó sin piedad cuando en lo alto de la cuesta de Padul, vencido por el dolor, con lágrimas en los ojos se despedía para siempre de su bienamada Granada.

También la Poesía, vistiendo con sus galas las realidades de la Historia o las fantasías de la Leyenda, que a veces no se sabe dónde termina la verdad y comienza la fábula, y hasta se nos antoja más cierta ésta que aquélla, nos habla del triste destierro y del digno fin del último monarca granadino. Así, por ejemplo, Pedro Antonio de Alarcón, en dos octavas de su cántico épico *El Suspiro del Moro* (Granada, 1867), dice:

Otro día... del mar sobre la espuma,
sola cruzó desde Adra hasta Melilla
rápida nave cual ligera pluma.
Granada, al cabo, la africana orilla,
vióse a un moro gentil, entre la bruma,
doblar, al pisar tierra, la rodilla...
¡Era Boabdil, a quien su negro sino
negó su tumba en suelo granadino.

Un día, en fin, que el marroquí tirano
 luchaba por salvar su poderío
 contra los dos Jarifes, un anciano
 luchó por él con temerario brio,
 hasta que, herido y sin aliento humano,
 se hundió en las olas de opulento río...
 ¡Era Boabdil, a quien su suerte dura
 le negaba en la tierra sepultura!

Fué después del triunfo cuando los dos hermanos acordaron que habían de sucederse el uno al otro; que al faltar los dos heredaría el poder el mayor de los hijos que de ambos quedasen, y que desaparecido éste, la sucesión recaería de mayor a menor entre sus hermanos y primos indistintamente. Pretendieron, indudablemente, con tan singular acuerdo, evitar en el porvenir las discordias y luchas que surgían siempre en cuestiones de sucesión, y conseguir que el país constituyera a su muerte una firme unidad política. Pero pronto Ahmed, cuyos hijos eran de menor edad que algunos de los de Mohamed, se retractó de lo convenido, y entre ellos se encendieron cruentas luchas.

Más afortunado Mohamed, derrotó reiteradamente a Ahmed, al que desposeyó de su reino y desterró a Marraquex. Luego triunfó del rey de Fez, su antiguo discípulo, cuya muerte y la de sus hijos decretó, pese a las estipulaciones de una formal capitulación. Así pudo proclamarse soberano de todos los reinos marruecos, comenzando con él la dinastía Sadii o de los *Xerifes Marabut*.

II.—PRIMEROS MONARCAS DE LA DINASTÍA DE LOS XERIFES MARABUT

El *xerife* Muley Mohamed el Mehdi ben Abú Abd Al-lah el Kaim, en cuanto se sintió firme en el trono, se desdijo también de lo acordado, y aunque vivía su hermano Ahmed y, en último extremo, éste tenía un hijo, Zidan, mayor que los que a él le quedaban, reunió Cortes en Marraquex para proclamar formalmente heredero a Abú Mohamed Abd Al-lah, el de más edad de sus vástagos, dictando como ley su voluntad de que la sucesión quedase vinculada en los hermanos del citado, *de grande en grande*, de mayor a menor; todos los cuales acataron sumisos los designios paternales. Así, cuando Mohamed sucumbió alevosamente a manos del capitán de los turcos de su escolta, allá en Guer, lugar de las estribaciones del Atlas, Abú Mohamed ocupó el trono sin oposición posible, puesto que su tío, el ya

nonagenario Ahmed y los varones de su familia fueron decapitados de orden del *bajá* de Marraquex, fanático partidario del nuevo soberano.

Este, que reinó con el sobrenombre de *El Ghaleb Bil-lah, El Vencedor por Dios*, comenzó a regir su pueblo con bondad, sabiduría y prudencia; pero luego, entregado a toda clase de vicios, fué torpe y cruel. Llegó a ser influenciado de tal forma por su joven hijo Mohamed, *El Negro*, tenido con una concubina de color, que, a la postre, faltando a la ley de sucesión dictada por su padre y por la cual él ceñía una corona manchada con tanta sangre, le hizo reconocer por heredero y aun dispuso el exterminio de cuantos parientes con mejor derecho y mayor prestigio pudieran ser en su día obstáculo a las aspiraciones de su hijo; el cual, a su muerte, según luego se dice, llegó a alcanzar el trono como tercer monarca de la dinastía, si bien en él se mantuvo escaso tiempo y muy en precario. De esta horrible matanza solamente se libraron dos hermanos del rey: el menor, Ahmed, que encontró amparo en las siempre levantiscas tribus del Sus, y Abd el Malek, que difícilmente pudo llegar a tierras de Argelia.

Este joven príncipe, de recio temple, cual forjado en el yunque de la adversidad, y existir azaroso, impuesto por el odio de los suyos, llegó a ser rey, y en un reinado desventuradamente corto, amado de sus súbditos, ennobleció las tenebrosas páginas de aquel Marruecos ignorante y sanguinario. Desbordando la órbita magrebina, llegó a figurar con rango destacado en los anales españoles del tiempo glorioso del segundo de los Felipes, al igual que en los de Portugal de la época de Sebastián, como hábil político, culto personaje, guerrero bravo y experimentado y caudillo que triunfó después de muerto en la trágica *Batalla de los Tres Reyes*, origen del magno proceso histórico que culminó en la unidad ibérica.

III.—EL MOLUCO Y EL NEGRO

Muley Abd el Malek ben Mohamed el Xiej ben Abú Abda Al-lah Mohamed el Kaim, *El Moluco* de nuestras crónicas; debió nacer allá por el año 1543 (3) Una vez en posesión de las rígidas enseñanzas

(3) En muchas ocasiones, en la Historia de Marruecos, no es posible concretar fechas de acontecimientos, por notables que sean, y todavía menos de naci-

de su religión, todavía niño, su instrucción fué encomendada a un cautivo español, el caballero don Francisco Carrillo, de Valladolid, persona muy docta en toda clase de disciplinas. El saber del maestro prendió en la viva inteligencia del discípulo, que adquirió vasta cultura; los relatos, llenos de amargas añoranzas, que de su patria hacía el castellano, engendraron en el mancebo marroquí sentimientos de admiración por España y de afección por los españoles. Hablaba y escribía nuestro idioma, lo mismo que el turco y el francés; con igual soltura que el suyo propio; conocía nuestra Historia; gustaba de nuestros típicos alimentos; se complacía con nuestras danzas, canciones y leyendas; usaba, aun ya mozo, en el interior del palacio y apenas disimulada por el amplio alquicel, la rica indumentaria de los hidalgos de Castilla; firmaba con caracteres latinos; se abstuvo de practicar la poligamia. A los cristianos que sufrían cautiverio, y muy particularmente a los españoles, les dispensaba de la humillación de tener que hablarle de rodillas, como era práctica lo hiciesen con las personas reales; procuraba consolar sus penas; quizá en algún caso atendió a sus dificultades materiales. Todo ello sin menoscabo del patriotismo, que siempre fué su rasgo más característico, y de su religión, que sin fanatismo, pero con sincero fervor, observaba.

Esto no puede parecer extraño si se medita sobre el verdadero sentido de las relaciones entre españoles y marroquíes. Su propio padre, que un día combatió contra los españoles en Santa Cruz de Mar Pequeña, y otro, supo de la nobleza de España al negarse Carlos I a prestar ayuda a su rival Abú Hassun, pródigo en ofrecer compensaciones territoriales, terminó por mantener con nuestra Corte relaciones amistosas. No puede solamente decirse que condescendiera con la educación que recibía su hijo. Cabe afirmar, puesto que la consentía, que ello le halagaba y que no intentó contrariar las inclinaciones del príncipe niño. Y seguramente que esta afección por España, en el vertiginoso torbellino de ideas del postrer instante de

miento y defunción de personajes, aun tan destacadas como Abd el Malek; pero consigno el 1543 como año probable en que naciera el emir, porque un español coetáneo, que vivió en Marruecos y asistió a la batalla, el padre presentado fray Luis Nieto, de la Orden de Predicadores, en una obra, dedicada a Felipe II —*Relación de las guerras de Berbería y del suceso y muerte del Rey Don Sebastián, lo cual sucedió a cuatro de agosto de mil y quinientos y setenta y ocho años.*—*Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo C— afirma que El Mouico murió de treinta y cinco años.

su existencia, debió elevarse al más puro grado de agradecimiento, ya que fué un español, infeliz renegado a su servicio, el único que alzó la voz para advertirle de la traición de los turcos, precediéndole en la muerte al querer. en su abnegada lealtad, salvarle la vida.

En Argel encontró *El Moluco* seguro asilo y amistosa consideración. Sin embargo, soñaba con volver triunfador a su patria merced a la ayuda que le prestase la poderosa España, y para ello consiguió ponerse en comunicación con el gobernador de Orán. Nuestro *Rey Prudente*, empeñado en luchas en Europa, en incómoda situación en los Países Bajos y siempre alerta ante el poderío turco, se negó a intervenir en las discordias intestinas de Marruecos. Entonces, y sólo entonces, ofreció su espada a Turquía. Bajo sus banderas adquirió fama de capitán valiente, y, por doloroso sino de su adversa suerte, hubo de luchar contra España, la nación que tanto amaba, en Orán y Mazalquivir, en 1563; en Lepanto, seguramente en la nave de Uluch Alí, y en las conquistas de La Goleta y Túnez, en 1574 (4).

En aquel año y a los escasos días de ocurrido, tuvo conocimiento de la muerte de su hermano Abú Mohamed y de que, contra toda razón, *El Negro* se había hecho proclamar rey. Era, pues, llegado el momento de reivindicar sus derechos al trono y liquidar los compromisos con el sultán turco, pidiendo, a su vez, que éste cumpliera los suyos de ayudarle en sus pretensiones. Amurates III despachó una embarcación para que condujese a Argel al pretendiente y al nuevo gobernador de la plaza, que tenía órdenes precisas para hacer efectivo el auxilio interesado.

Al partir Abd el Malek de Argel para disputar el trono a su sobrino, solamente le seguían unos seis mil peones: turcos, argelinos, moriscos andaluces y cristianos renegados. Luego, en Tremecén, se le unió su hermano Ahmed con buen golpe de partidarios, y en la marcha por territorio marroquí vió notablemente engrosadas sus filas. Contaba ya con un lucido ejército cuando *El Negro*, con efectivos

(4) En 1573, con ocasión de una travesía de Argel a Susa, el azar enfrentó también a Abd el Malek con los españoles. La galeota que le conducía fué avistada por los bajeles del almirante don Juan de Cardona, que navegaban con rumbo a La Goleta e iniciaron su persecución; mas la nave capitana, adelantada en demasía del resto de la flota, desistió de sus propósitos cuando ya la turca, como recurso aventurado de salvar su tripulación, se disponía a embestir en la costa y el príncipe marroquí, despojado de las ropas que pudieran embarazarle, estaba pronto a lanzarse al agua.

muy superiores, le salió al paso para cerrarle el camino de Fez. El 17 de marzo de 1575, en la batalla entablada, vencieron el valor y la pericia de *El Moluco*, al que días más tarde se abrieron las puertas de aquella ciudad. Cumplido ya el compromiso contraído regresó a Argel su gobernador, Rabadán, con las tropas que mandaba, sin que por ello quedasen debilitadas las vencedoras; antes al contrario, fortalecieron su moral con el triunfo y engrosaron al pasárseles parte de las del vencido, entre ellas, en la propia lucha, el contingente de moriscos que regía Dugalí; a más que hasta dos mil turcos se separaron de los suyos para continuar al lado del *xerife*.

Empleando los tesoros del Imperio para ganar voluntades que no supo sumar su odioso gobierno, *El Negro* organizó un nuevo ejército, que asimismo fué destrozado en duro encuentro reñido el 28 de junio en el paraje denominado en algunas referencias Mota de Arrayanes, a tres leguas de Salé. Como antes Fez y las ciudades de su reino, ahora Marraquex y su territorio se unieron con entusiasmo al vencedor y abandonaron con alegría al vencido, que, asistido por escasos partidarios, buscó amparo en las asperezas de los Montes Claros (Alto Atlas).

Abd el Malek, afianzado ya en el trono, respetuoso con los designios paternales, proclamó solemnemente heredero a su hermano, posponiendo a tal deber de conciencia la propia felicidad familiar y hasta el porvenir de su hijo, Ismail, de un año de edad, que con su esposa, Zahara, hija de Agi Morato (5), y su madre mantuvo en Argel para evitar que su presencia en Marruecos pudiera algún día dar calor a los partidos contrarios a los derechos de Ahmed.

El agradecimiento que debía a Amurates III no creó intereses contrarios a los de sus vasallos, ni convirtió sus reinos en un feudo de Turquía. Cuando los turcos de su ejército, ilusamente poseídos de su papel de conquistadores obraban como tales en las poblaciones marruecas, la energía del monarca cortó en seco el desmán y las órdenes de ejecución, inmediatamente cumplidas, pregonaron la inflexible justicia del emir. Más tarde, al convencimiento de la Sublime

(5) Renegado argelino e influyente personaje en Argel. Don Jaime Oliver Asín, en su obra *La hija de Agi Morato en la Obra de Cervantes* (Madrid, 1948), investiga con singular acierto sobre el fundamento histórico de la comedia cervantina *Los Baños de Argel*. En tal obra se consignan datos muy interesantes sobre Abd el Malek y Zahara y su boda y otros personajes de la Historia de Marruecos de aquellos tiempos.

Puerta de que en Marruecos podía disponer de segura base para ofender a España, *El Moluco* daba una gallarda réplica ofreciendo a Felipe II pruebas de amistad, entre ellas la seguridad de no ayudar a los turcos contra los españoles y la promesa de devolver a España los barcos que, apresados por los piratas argelinos y otomanes, tuvieran que entrar en puertos marroquíes (6).

Renacen, pues, en Abd el Malek las inclinaciones de antaño, nunca extinguidas a despecho del tiempo y de los desengaños. Ya soberano, inspira sus actos en idénticos sentimientos que cuando en sus años mozos, con satisfacción infantil, vestía los amplios greguescos y el abullonado jubón al uso de Castilla; se vale de españoles como consejeros y para la resolución de los asuntos de mayor monta, y así, la Historia, junto a nombres como el del renegado portugués Reduán, o el piloto francés Cabreta; o el morisco alpujarreño Dugalí, incluye otros dignos hijos de España —los hermanos Andrea y Francisco Gasparo Corso, oriundos de Córcega, pero valencianos de naturaleza; el capitán segoviano Francisco Zúñiga de Tapia; el clérigo granadino Diego Marín; el franciscano fray Luis de Sandoval, de Sevilla, entre otros—, que ni abjuraron de su religión, ni negaron nunca a su patria; abre sus reinos, antes cerrados a todo extranjero, a los vasallos de nuestro monarca, y por ello, los capitanes Francisco de Aldana, héroe en San Quintín, excelente tratadista militar e inspirado poeta, y Diego de Torres, historiador (7), que saca sin obstáculos planos de Larache y sus fortificaciones, pueden informar con conocimiento de causa de la sólida situación del rey marroquí; pone graciosamente en libertad a los cautivos españoles, y es tan extremado en sus mercedes y buen trato, que, según escribió fray Luis Nieto (8), «... hizo para solo los cristianos en la ciudad de Marruecos un muy buen hospital do se curasen los enfermos, y le dotó de buena renta para los cotidianos gastos dél, que fué muy mucho de agradecer».

Mohamed, batido en Montes Claros, pudo llegar al Peñón de Vélez de la Gomera, en busca de ajenas ayudas. El puerto de Larache era la prenda ofrecida a cambio de ellas, y aunque Felipe II, según

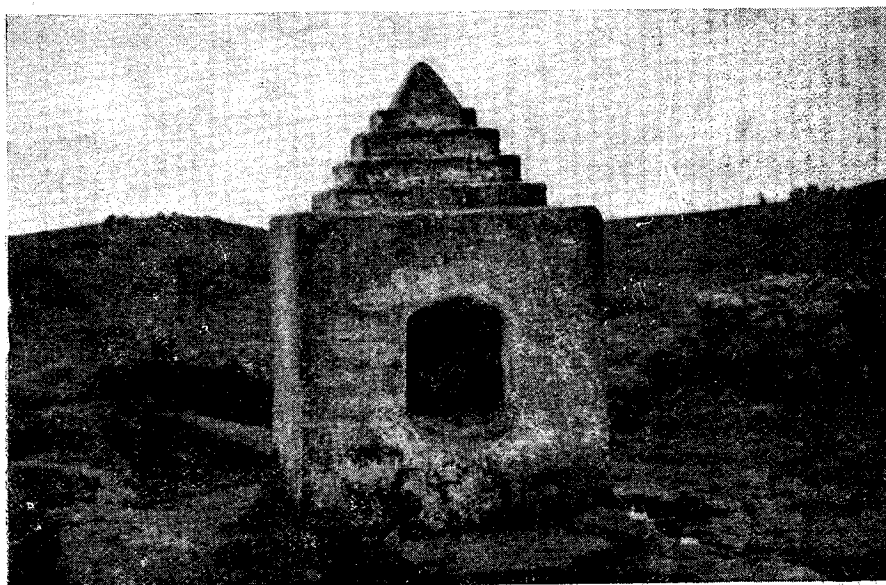
(6) Por su parte, Felipe II ordenó fuera devuelta una nave que con armas para *El Moluco* apresó en aguas de Larache don Francisco de Vargas Manrique.

(7) Fue autor de *Relación del origen y sucesos de los Xerifes, y del estado de los reinos de Fez y Marruecos y Tarudante, y los demás que tienen ocupados*.

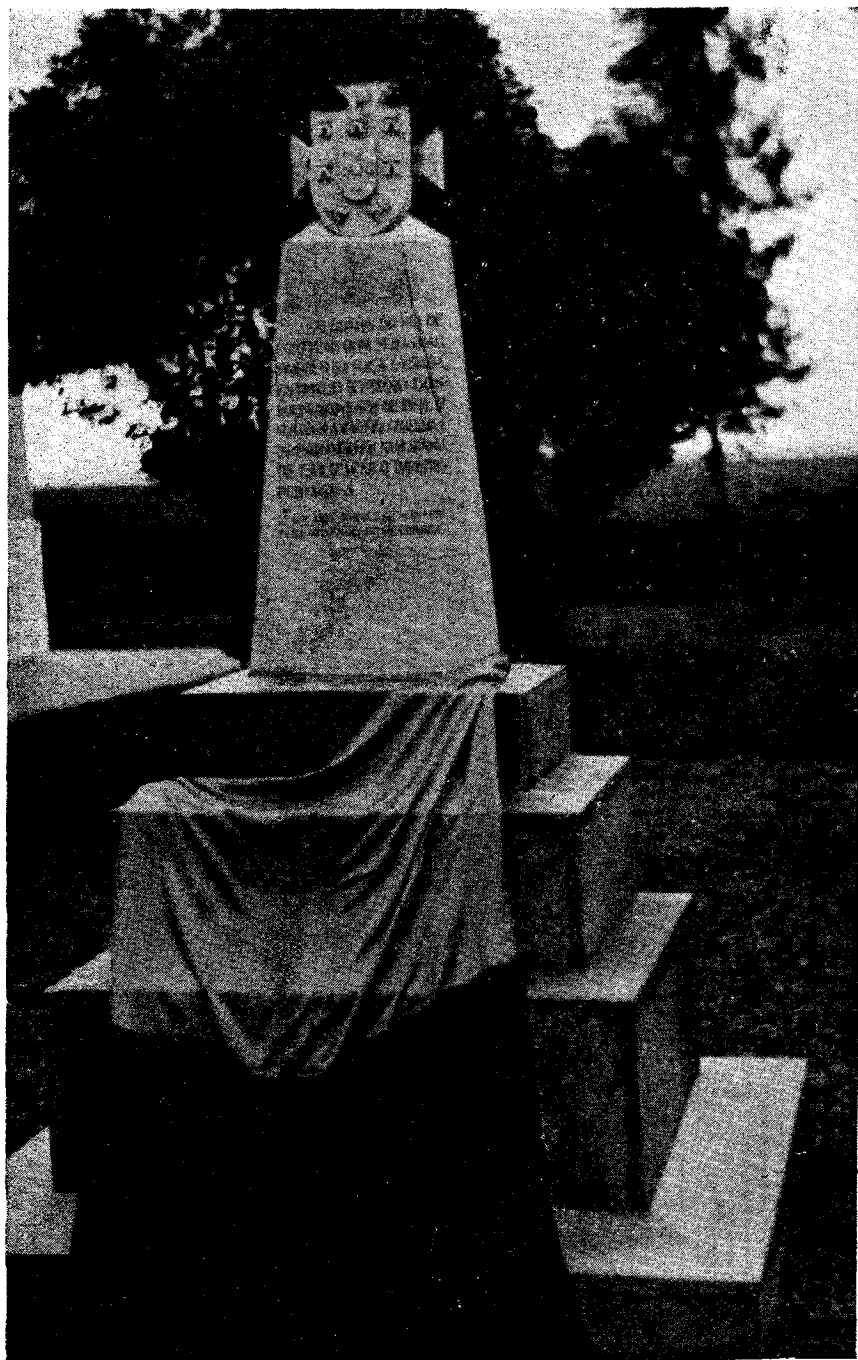
(8) *Relación citada*.



Vista parcial del campo donde se riñó la batalla de los Tres Reyes, con el hito que señala el lugar donde murió *El Moluco*, el cementerio de las víctimas de ella y, al fondo, la estación de Mejacén.



Otra vista del hito levantado en el lugar, donde según la tradición murió *El Moluco*.



Monumento levantado por las *Mocidades* portuguesas en honor del rey Don Sebastián en la inmediación de la estación del Mejacén, del ferrocarril Tanger-Fez.

propia y exagerada expresión, consideraba que *él sólo valía por todo el Africa*, negó su cooperación. Pero lo que el destronado rey marroquí no consiguió del buen juicio del monarca español, lo obtuvo de la exaltación del lusitano Don Sebastián.

IV.—DON SEBASTIÁN DE PORTUGAL

Portugal declinaba por obra de su propia gloria. El esfuerzo que suponía la conquista y colonización de las Indias Orientales y la ocupación y sostenimiento de las posesiones africanas, mermaba sus fuerzas y agotaba sus caudales. La política de la que fué paladín Alfonso V *El Africano* no podía sostenerse, y Juan III, tras la pérdida de Agadir, abandonó las posesiones en Marruecos, a excepción de Ceuta, Tánger y Mazagán, con harto dolor de la nobleza lusitana, que anhelaba nuevas conquistas. Es natural que este espíritu calara muy hondo en el alma virgen de Don Sebastián, rey desde los tres años y medio que sucedió a su abuelo, el citado Juan III, y que a ello contribuyera no poco la opinión, propicia a las empresas africanas, de su ayo, el viejo don Alejo de Meneses, que había hecho una buena parte de su carrera militar en Africa, y de su maestro y confesor, el jesuíta Luis Gonsalvez de la Cámara, que asistiendo y confortando a los cautivos cristianos permaneció algún tiempo en Tetuán. La educación recibida, desde luego bien intencionada, fué indudablemente errónea: el soldado, forjó un guerrero; el sacerdote, moldeó un místico; pero ni uno ni otro supieron formar un caudillo, y menos aún un rey; además de no frenar, antes al contrario, estimular, sus violencias y arrebatos temperamentales, su megalomanía, la egolatría que en absoluto dominaba su pensar y su sentir.

En 1568, a los catorce años de edad, pues Sebastián *El Deseado* nació en Lisboa el 20 de enero de 1554, ya ejerciendo sus prerrogativas de rey, en su ardiente imaginación, en la que encendían hogueras taras hereditarias y la extraña enfermedad que desde los once años le aquejaba, nacen fantásticos proyectos bélicos, de los que sueña ser protagonista, y por el ambiente que le rodea y la educación recibida, según dijo en 1942 el Delegado de Educación y Cultura de la Alta Comisaría de España en Marruecos sobre el campo de batalla a los alumnos de la Escuela Naval y Militar de Portugal, se cree

«un iluminado, el instrumento que Dios ha elegido para la creación del reino cristiano de Marruecos» (9).

Ocultando sus verdaderos propósitos, organiza en 1574 una expedición a Africa. Hace escala en Ceuta; sigue a Tánger; allí interviene valerosamente en escaramuzas con los moros fronterizos, y regresa a Lisboa cuatro meses después, no sin tener que capear un violento temporal, con el orgullo de creerse el héroe de lo que se le antoja una gran hazaña.

En terreno tan bien abonado prende fácilmente la petición de ayuda de *El Negro*. Al prestársela, cree ver ya realizados sus locos ensueños de gloria.

Para resolver sus apuros en hombres y dinero acude a Felipe II, quien en Guadalupe, donde se reúnen el día de Navidad, procura disuadirle de lo inoportuno y perjudicial de tan arriesgada empresa, soslaya todo ofrecimiento de ayuda y pide, en último extremo, que la expedición no la acaudille Don Sebastián, que, soltero, carece de sucesión. Mas ello lo considera ofensivo; no admite razones ni cesa en sus proyectos. Obseso de la idea que le consume, rechaza con ira los consejos adversos a ella, de su abuela, la reina Catalina, que a poco muere de pesar; de su tío, el infante-cardenal don Enrique; de ancianos y linajudos personajes, como don Juan Mascareñas, héroe de la defensa de Diu, del que se atreve a decir que la edad ha anulado su valor (10); de los embajadores del duque de Saboya y de España; del duque de Medinaceli, emparentado con la nobleza portuguesa; de los capitanes Aldana, al que de todas formas pide le acompañe y asesore en la expedición, y Torres, concedores de *visu* de la verdadera situación del Imperio; del propio duque de Alba, innegable prestigio militar del siglo, al que afrenta preguntándole de qué color es el miedo (11). Solamente ve verdad en el decir interesado de *El Negro*; en la opinión de los nobles jóvenes; en el callar de otros, por devoción al soberano, pero que al fin es aprobación tácita que estima como cálida conformidad.

Se busca dinero mediante arbitrarias medidas económicas, que

(9) Tomás García Figueras. *La Batalla del Mehazen* (1578). *Comentarios sobre el campo de batalla ante los alumnos de la Escuela Militar y Naval de Portugal. Africa. Revista de Acción Española*. 10 de octubre de 1942.

(10) J. M. de Queiroz y Velloso. Traducción del portugués por Ramón García-sol. *Don Sebastián*. 1554-1578, pág. 202.

(11) La misma obra citada en la nota precedente, pág. 174.

provocan general descontento, y ruinosos préstamos; se compra armamento; se decreta una leva para reclutar doce mil soldados con los que organizar cuatro tercios. Sin embargo, la aversión popular es tan grande, que los hombres se esconden, huyen, desertan; y otros, por inmoralidad y avaricia de los reclutadores, se libran mediante dinero, y —acudo a la expresión de un historiador portugués, Oliveira Martins (12)— «*as mulheres vendían as saias, o por vezes, a honra, por dois cruzados, para salvarem os filhos e os maridos*». Solamente se reunieron nueve mil hombres, sin instrucción ni disciplina, ayunos de la más elemental moral.

El Moluco suplicó a Felipe II medie cerca de Don Sebastián y aun escribió a éste sendas misivas en las que justificaba sus mejores derechos a reinar y ofrecía mayores concesiones que *El Negro*. Quería a toda costa la paz y le repugnaba contender con los cristianos; pero tuvo que aceptar la guerra y medir sus armas con el invasor. Porque claramente comprendieron los marroquíes que la idea de conquista, y no la de mera ayuda, era la que inspiraba la empresa portuguesa.

Don Sebastián sólo anhelaba pelear y enfrentarse con el *xerife*, tal vez, aparte de su valor y de su exaltación, porque su incapacidad viril, que a la vista de escritos coetáneos afirman muchos historiadores, le arrastraba a buscar una muerte gloriosa. «Acaso en su conducta no fué todo locura —exclama Jerónimo Becker (13)—, sino hijo de la desesperación que le impulsaba a rechazar todo proyecto de enlace y a exponer constantemente su vida; y por esto, tal vez tenga razón un escritor portugués al decir que el monarca *não se decidiu a aceitar mulher senao quando se preparaba para achar um meio de a deixar viuva*; porque, en efecto, Don Sebastián se decidió a dar gusto a su abuela, pidiendo la mano de la infanta doña Isabel Clara Eugenia, al propio tiempo que se mostraba resuelto a volver al Africa» (14).

(12) *Historia de Portugal* (Lisboa, 1901), tomo II, pág. 60.

(13) *Historia de Marruecos* (Madrid, 1915), pág. 102.

(14) La cita en portugués que se hace pertenece, según nota del párrafo citado, a *Historia de Portugal*, de Pinheiro Chagas.

Con respecto al pretendido matrimonio con Isabel Clara Eugenia, Queiroz Velloso (obra citada, pág. 141), dice: «Y si pidió la mano de su prima a Felipe II lo hizo por ser ésta la manera más eficaz de contar con su auxilio para la cruzada de Africa. El tío es quien no tomaba en serio esos propósitos conyugales, y bien cla-

V.—COMPOSICIÓN DEL EJÉRCITO CRISTIANO. SU SALIDA DE LISBOA
Y LLEGADA A ARCILA

Con los hombres procedentes de la leva decretada se organizaron cuatro tercios, llamados, por las regiones que sirvieron de base para la recluta, de Lisboa, Santarem, Alentejo y Algarve, mandados por Diego López de Sequeira, Miguel de Noroña, Vasco de Silveira y Francisco Pérez de Távora, respectivamente. Aquellos hidalgos que no contaban con recursos para vestirse, armarse y sostener los gastos de campaña, en número de unos 1.400, formaron un escuadrón (15), conocido por Cuerpo de Aventureros, que regía Cristóbal Pérez de Távora, llevando como alférez a Francisco Ferreira de Valdivieso. Los nobles pudientes se agruparon en dos cuerpos, a las inmediatas órdenes del rey, uno, con 600 caballeros, y a las del duque de Aveiro, el otro, con 300. La artillería, que llegó a reunir entre 24 y 36 piezas, según los distintos pareceres consignados en las obras consultadas, 12 compradas en Alemania, tenía como capitanes mayores a Pedro de Mezquita y Jerónimo de Cuña. El de los gastadores era Manuel de Quadros.

Consistían los efectivos extranjeros en 2.800 alemanes, que regía Martín de Borgoña, enviados por Guillermo de Nasau, lo que provocó el natural disgusto de Felipe II; 600 italianos, mandados por el inglés Sternult, marqués de Lenster por gracia pontificia, ganados para la expedición con perjuicio de los católicos irlandeses a los que iban a ayudar, y 1.600 españoles, alistados, tras enojoso incidente, con autorización de nuestro monarca, *a la sorda, sin arbolar bandera ni tocar caja*, a las órdenes de Alonso de Aguilar, con Luis Hernández de Córdoba y Luis de Godoy como sargentos mayores.

Sumaban, pues, los efectivos totales, aproximadamente, como también aproximados son los parciales que se mencionan, unos 16.000 hombres, y al ser, según la opinión general, más de 24.000 los que componían la expedición, resulta que más de la tercera parte la for-

ramente lo decía a sus embajadores en Portugal: no quería unir a la hija con quien tal vez después procurase huir con sutilezas y largas al cumplimiento del contrato, y si el matrimonio llegase a efectuarse, todavía confiaba menos en su aptitud matrimonial.»

(15) Unidad táctica de Infantería, semejante a la actual compañía.

maban el séquito y servidores del rey y los pajes y criados de los nobles, que al decir de un lusitano contemporáneo (16), «*más parecían convidados a desposorios y servidores de damas que ministros de la milicia*». En lo que se refiere al rey, además de numerosa servidumbre, Queiroz Velloso (17) dice que llevaba consigo a un representante de la Santa Sede, su confesor, y dos obispos, uno como enfermero mayor y otro en el cargo de capellán; diputados de la Mesa de la Conciencia; predicadores regios, «uno de los cuales ya trazara las líneas generales del panegírico que había de exaltar sus hechos»; el deán de la capilla real, «con los respectivos capellanes y músicos», y «muchos clérigos regulares y seculares, de las diferentes Ordenes, desde el novicio al provincial, destinados a la conversión de Berbería»; altos representantes de la Justicia; bufones o «bonos para distraerle con sus chascarrillos», y hasta un poeta «para cantarle en grandilocuente epopeya». Y por lo que respecta a la nobleza, copio del mismo historiador lusitano (18): «... De menosprecio a las leyes, que hacía poco tiempo promulgó, fué el rey el primero en dar ejemplo, y todos, en el empeño servil de agradarle, se disputaban la primacía en la riqueza de los vestidos, en la pintura y ataujía de las armas, en la profusión de joyas y atavíos. Diríase que en vez de partir a la guerra, más bien iban a participar en unas suntuosas bodas. Y más lo parecía aún en las vajillas de plata, en la profusión de los manjares, conservas, dulces, vinos generosos, que abarrotaban los pañoles de sus navíos. A pesar de haber fijado Don Sebastián en seis —y nueve para el duque de Braganza— el número de pajes que podían acompañar a cada hidalgo, había quien llevaba cincuenta, vestidos con la librea de su casa. La emulación se reflejaba también en el aparato de las tiendas de campaña, grandes colgaduras de seda de colores vivos, listadas de oro; y las embarcaciones que debían conducirlos rivalizaban en el exceso de gallardetes y banderas con sus divisas. Todos, aun los más opulentos, se empeñaron en estos gastos superfluos, y algunos tuvieron que vender casas y haciendas sólo para no rebajar su prosapia.»

(16) *Carta a un abad de la Beira, en respuesta a otra suya en que pedía a un amigo noticias no sólo de la Corte, sino del suceso de El Rey D. Sebastián*, manuscrito a que hace referencia Suárez Inclán en la página 9 de su excelente trabajo *Expedición a Marruecos del Rey Don Sebastián* (Madrid, 1894).

(17) Ob. cit., pág. 226.

(18) Ob. cit., pág. 217.

El 25 de junio zarpa de Lisboa el grueso de la escuadra, mandada por Diego de Sousa; el 27, en Lagos, se incorporan algunas embarcaciones con tropas; el 28, la nave real y las de los nobles fondean en Cádiz, donde se les unen otros barcos con el tercio del Algarve, saliendo todos el día 8. no sin que a espaldas del monarca embarquen con algunos nobles no pocas mujeres de vida airada, para dividirse en alta mar en dos grupos: uno, con Diego de Sousa, que había de fondear frente a la desembocadura del Tagardete, dos leguas al norte de Arcila, pero con la orden terminante de no desembarcar la gente, y otro, con el rey, que llega a Tánger. Aquí le espera *El Negro* con sus escasos partidarios, 250 ó 300 jinetes, y soldados bisoños relevan a la aguerrida guarnición, unos 200 arcabuceros y 400 jinetes, que al mando del capitán Simón López Mendoza, juntamente con los marroquíes, que siguen a Muley Xequé, niño de doce años que siempre acompañó a su padre el *xerife* negro en sus andanzas guerreras (19), marcha por tierra hacia Arcila, entregada por su gobernador Abd el Krim a los lusitanos (20). El 11 zarpan las

(19) De este interesante personaje trata con gran acierto y acopio de valiosas y hasta entonces inéditas noticias. Jaime Oliver Asín, en *Vida de Don Felipe de Africa, Príncipe de Fez y Marruecos* (Madrid-Granada, 1955), obra galardonada con el Premio «Raimundo Lulio», 1948.

Por haber marchado con Martín Correia de Silva y algunas naves y tropa a reforzar la plaza portuguesa de Mazagán, así como para intentar levantar partidarios a favor de su padre, o tal vez por el deseo lusitano de mantenerle en rehenes para forzar al *xerife* a cumplir sus compromisos, Muley Xequé no intervino en la *Batalla del Mejacen*. Luego de ella fué trasladado a Portugal, donde residió hasta que, al realizarse la unidad ibérica, pasó a España. Se convirtió al catolicismo en fastuosa ceremonia celebrada en El Escorial el 3 de noviembre de 1598, siendo sus padrinos el propio Felipe II y su hija la infanta Isabel Clara Eugenia, tomando el nombre de Felipe de Austria. Honrado por la Corona con la grandeza de España, hábito de Santiago y encomiendas de Belmar y Albánchez, muy apreciado por la nobleza, era popular y querido en Madrid, donde se le llamaba el *Príncipe Negro*. Murió en Vigévano (Italia) el 4 de noviembre de 1621.

Don Felipe de Austria o de Africa es figura principal de la segunda parte de la comedia de Lope de Vega *La tragedia del Rey Don Sebastián y Bautismo del Príncipe de Marruecos*; a él se hace alusión en la novela del mismo *Fénix de los Ingenios, El desdichado por la honra*; y figura también su nombre y la casa en que solía habitar en la madrileña calle de las Huertas, como referencia, que patentiza su popularidad, para determinar la residencia de Cervantes, en su *Adjunta al Parnaso*.

(20) Es pertinente hacer constar que, durante su estancia en Cádiz, el monarca lusitano fué agasajado por el duque de Medina-Sidonia, capitán general de Andalucía, quien, en cumplimiento de precisas instrucciones de Felipe II, inútilmente intentó

naves de Don Sebastián, que lleva en la suya al destronado *xerife* y a Duarte Meneses, gobernador de Tánger, y el 12 desembarcan en Arcila el monarca y su séquito. Las tropas, con riesgos y dificultades por la dura resaca y muy maltratadas en la peligrosa y movida travesía, lo hacen entre el 14 y el 16.

VI.—MARCHA DEL EJÉRCITO CRISTIANO HACIA ALCAZARQUIVIR. EL MOLUCO CONCENTRA SUS TROPAS

Con el espíritu simplista de un guerrero de los albores del Medioevo, estimaba el rey portugués que su temerario valor y su esfuerzo personal bastarían para darle la victoria. Pero ya en Arcila comprendió que para intentar conseguirla había de mover y sostener un ejército y dirigirle en el campo de batalla. Carecía de plan y hubo de reunir Consejo de Capitanes, en el que, con harto enojo suyo, se escucharon algunas voces sensatas y prudentes, mas del que a la postre salió el proyecto de mayor fatiga y más peligroso, que, por serlo, era el que más le atraía: marchar a Alcazarquivir, posesionarse de la ciudad y por sus inmediaciones cruzar el Lucus, seguir por su margen izquierda a Larache y sitiar esta plaza, a la que ofendería desde el mar la escuadra.

Al fin, luego de vacilaciones y aplazamientos, se emprende la marcha el 29 de julio para llegar esa tarde a *Los Molinos*, el 30 a *Almenara* (Zoco el Tenin de Sidi Yamani), el 31 a *Tres Ribeiros* o *Truxena* (Zoco el Telata de Reisana), donde se descansa el primero de agosto; el 2 al *Sobreiral* o *Campamento del Puente*, por uno romano tendido sobre el Mejacen, y el 3 a una ventajosa posición guardada por el foso natural del río. Las jornadas primera y segunda no excedieron en mucho de la legua, la tercera no llegó a tres y precisó un día de descanso, y la última se redujo a algo más de media. Sin embargo, el calor, el agobio del peso del equipo y provisiones, siquiera éstas fueran tan escasas que se reducían para seis días a nueve arrates (21) de bizcocho, libra y media de queso y tres cuartillos de vino (22); la hostilidad de un terreno en el que el adversario había

convencerle de que por el bien de su patria debía renunciar, si no a la expedición, puesto que ya fatalmente estaba en marcha, sí a su mando.

(21) El arrate equivalía a una libra de 16 onzas, es decir, 460 gramos.

(22) La ración diaria consistía, pues, en 690 gramos de pan, 115 de queso y un cuarto de litro de vino

arrasado los aduares, cegados los pozos y fuentes, vaciado los silos, arruinado las cosechas; el hostigamiento de los cabileños que ofendían la retaguardia, cautivaban o mataban a los rezagados y quemaban los agostados rastrojos y la hierba seca, obligando a combatir los incendios que les amenazaban a fuerza de un fatigoso remover de tierra, agotaron física y moralmente a los contingentes de soldados hisoños. Ya en el vivac el día 3, suenan indisciplinadas y airadas voces pidiendo se les dé de comer, y hay que repartir las últimas raciones de galleta y hay que sacrificar los escuálidos bueyes de las carretas de la impedimenta.

Entonces el rey comienza a darse cuenta de lo falso y comprometido de la situación. Ahora, en el Consejo de Capitanes, surgen distintos pareceres que desdican los que antes se dieron: retirada rápida, incluso abandonando la artillería, a Arcila para acogerse a la escuadra; salir a toda costa al litoral entre Larache y Arcila, en cuyas aguas se supone a parte de las naves de la expedición; esperar, en opinión de *El Negro*, un solo día, pues entonces habrá fallecido *El Moluco*, al que se sabe muy enfermo, lo que puede provocar la disgregación de sus huestes. Don Sebastián rechaza colérico los planes de retirada y no acepta el de espera, que no estima noble. Y da la orden para cruzar el Mejacen y atacar al enemigo en la llanada que limitan este río y el Uaurur, que a él se une poco antes de hacerlo el primero al Lucus.

La insensata detención de los cristianos en Arcila da tiempo a Abd el Malek para reforzar las guarniciones de Larache y Alcazarquivir y concentrar sus tropas, muy superiores en número y calidad a las de Don Sebastián, en las proximidades de esta ciudad. El 2 de agosto las adelanta a la zona ligeramente ondulada por unos altozanos cubiertos de chumberas que flanquean por Oriente la llanura que comprenden el Mejacen y el Uaurur, de la que descienden el 3 para aproximarse al primer río citado y por tanto al adversario.

VII.—LA BATALLA

Al amanecer del día 4 de agosto de 1578 el ejército cristiano comienza a abandonar la excelente posición que ocupaba para cruzar el Mejacen por los vados reconocidos la jornada anterior, en previsión de que el puente estuviera vigilado por el adversario y por el imperativo de que dicha obra era incapaz de encauzar el paso de todas las

tropas en las obligadas condiciones de rapidez y seguridad. Ello, teniendo en cuenta que el caudal del río, aunque menos que el del Lucus, también está influenciado por las mareas, es de suponer tuvo lugar alrededor de las siete, hora en esa fecha de la bajamar (23). Así lo suponen unos historiadores, entre ellos los militares Suárez Inclán (24) y Alvarez Ardanuy (25); en tanto que otros, con Queiroz Velloso (26), afirman terminantemente que el paso del río se verificó en el atardecer del día 3. De cualquier forma, se adoptó, seguramente por asesoramiento del capitán Aldana, incorporado a la expedición el día anterior, la clásica formación en cuadrado, igualmente apropiada para el ataque y la defensa, que imponían la manera de pelear de los africanos y lo numeroso de su caballería. Tal formación maciza (cuadrado esta vez; pero también otras rectángulo, círculo o triángulo), con las naturales modificaciones a que obligaba la evolución de ideas y de armas, como expone una publicación oficial (27), fué empleada corrientemente en Africa: por Mario, para vencer en la antigua Cirta a los jinetes nómadas de Yugurta; por el romano conde Teodosio, para oponerse al cerco del africano Firmus; por el almohade Abd el Mumen, para derrotar en Tremecén al almorávide Taxefin; por Napoleón, en la batalla de las Pirámides; por el mariscal francés Bougeaud, en Argelia, especialmente en Isly; por O'Donnell, en Tetuán, donde los batallones de los cuerpos de ejército de Prim y Ros de Olano adoptaron la formación triangular para soldarse en un frente abaluartado. Era, en fin, el dispositivo que juiciosamente planeó el capitán español, una amplia modalidad del conocido y a veces heroico *cuadro*, que Almirante define así (28): «... es el *quadrumagmen* de los antiguos, el orden fundamental y eterno, la disposición defensiva de una tropa de infantería acosada en llanura por caballería. Sea esta de Escitas, Parthos, Arabes o Mamelucos, el instinto de toda infantería es abandonar lo más pronto posible el

(23) Interesante dato que incluye José María de Murga en *Recuerdos marroquíes del Moro Vizcaíno* (Madrid, 1906), pág. 186.

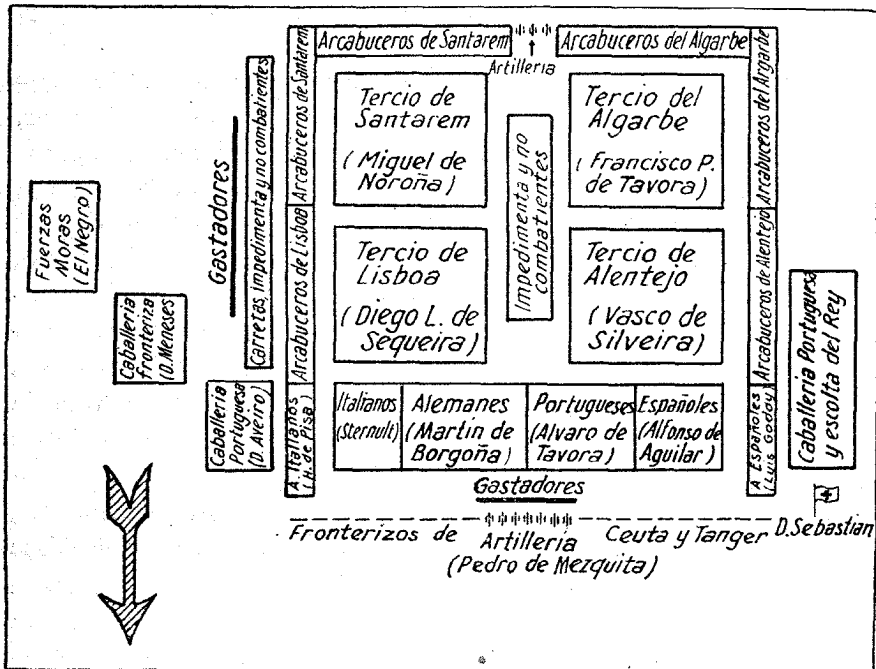
(24) Ob. cit.

(25) *Memoria sobre la batalla de El Kazar-Quebir*, traducida luego al portugués y publicada en Lisboa en 1892.

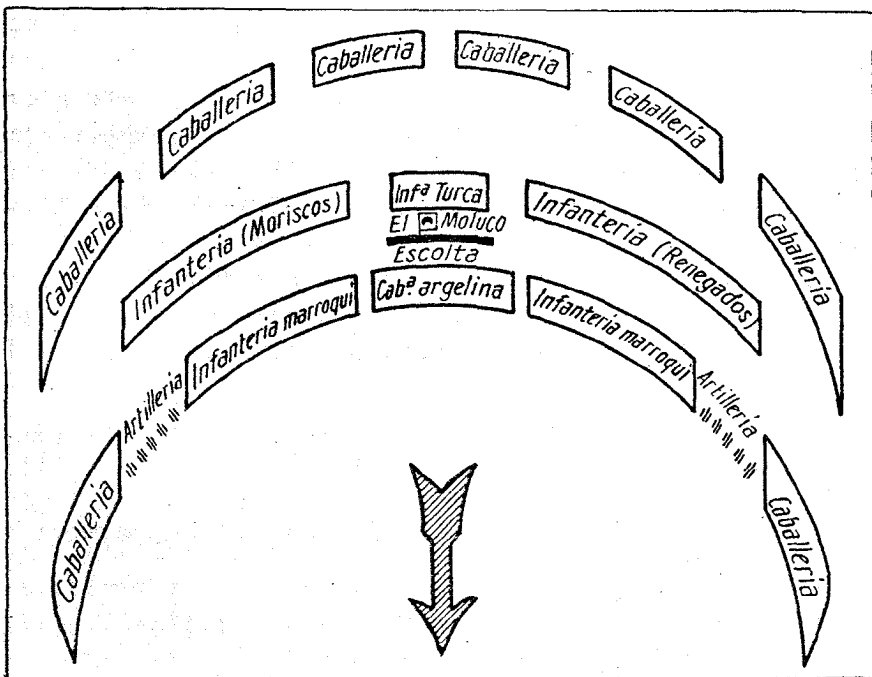
(26) Ob. cit., nota de la pág. 267.

(27) Servicio Histórico Militar. *Historia de las Campañas de Marruecos*, tomo I (Madrid, 1947), págs. 283 y 284.

(28) *Diccionario Militar* (Madrid, 1869), pág. 309.



Formación del ejército cristiano.



Dispositivo del ejército marroquí.

orden extenso por el profundo, y hacer este mismo más cerrado, más sólido, más denso, más compacto, proporcionándose frente, es decir, acción o fuego por todos lados.»

El referido cuadrado estaba constituido por tres líneas: vanguardia, con los españoles, italianos, portugueses (Cuerpo de Aventureros) y alemanes; grueso o batalla, con los tercios de recluta forzosa de Lisboa y Alentejo, y retaguardia, con otros dos tercios de la misma procedencia, Santarem y Algarve. En el espacio que quedaba entre los costados interiores de los tercios se acomodó la impedimenta y se apelotonaba la asustadiza masa de los no combatientes. Los arcabuceros españoles, italianos y de los tercios, a la altura de las líneas a que pertenecían, protegían los flancos de la formación; como la retaguardia era guardada por mangas de arcabuceros portugueses con dos cañones, y en la vanguardia desplegaba fuerte guerrilla, también con arcabuces, de los soldados de Ceuta y Tánger con las piezas artilleras y un buen golpe de gastadores. Fuera del cuadrado, en su flanco derecho, se colocaron los carruajes de la impedimenta con el resto de los gastadores, parte de la caballería portuguesa con el duque de Aveiro, los jinetes de Tánger con Duarte Meneses y los moros de *El Negro*; y en su costado izquierdo, el más peligroso, el rey con más caballería y su escolta y acompañamiento.

Abd el Malek situó sus tropas en media luna, formación favorita de los marroquíes para, en terrenos llanos, sacar buen provecho de la caballería. El centro lo formaba un escuadrón de escopeteros argelinos, y, a un lado y otro, los peones y jinetes indígenas, éstos en los extremos. En una segunda línea se situó *El Moluco* con su escolta y un contingente turco, que tenía, a su izquierda, el de los renegados, y a su derecha, el de los moriscos andaluces. A retaguardia y en una tercera línea fuertes grupos de caballería se extendían como reserva. La artillería, con veinticuatro piezas, se intercaló en la primera línea.

Algo después de las nueve, la batalla comienza con los disparos de la artillería de uno y otro bando. La marroquí, mejor asentada y dirigida, causa algunas bajas y provoca mayor confusión en los tercios. A pesar de ello la vanguardia cristiana avanza valerosamente y con rudo esfuerzo ahonda tanto en la infantería contraria y aun en la propia escolta del emir, que ésta se ve obligada a retroceder, abandonando parte de las banderas que tremolaba.

El Moluco, en trance de muerte, ya por sufrir grave dolencia, ya

por estar bajo los efectos de un letal veneno administrado por algún traidor al servicio de *El Negro*, que las dos versiones se sustentan, yace en su litera. Solamente la entereza de su espíritu es capaz de sostenerle, y atiende con lucidez a las incidencias de la lucha. En tan crítica situación monta trabajosamente en su caballo de guerra, arenga a los suyos, quiere lanzarse a la pelea y empuña el curvo sable para herir a aquellos leales que intentaban detener su cabalgadura; pero le faltan las fuerzas, el arma escapa de su crispada mano y su cuerpo recio se abate lentamente sobre el arzón de la montura. Sin habla ya, extiende un brazo hacia los cristianos para señalar a sus soldados el deber de luchar, y cuando a poco se extingue su vida, queda con el dedo índice de la mano derecha sellando los labios, cual si quisiera ordenar no se publicase su muerte para mejor conseguir la victoria. Y cumplen tan fielmente este postrer mandato los que le rodean, y tienen tal habilidad en el fingir, que pocos conocen la triste verdad y a la litera real llegan partes y noticias de los jefes de las tropas y de ella salen por boca de un *elche* mancebo —hijo de renegado español— órdenes para dirigir la batalla, por todos acatadas como dictadas por su rey.

Los peones argelinos y marroquíes, tan bravamente obligados a ceder sus puestos, se acogen en desorden a la segunda línea. De allí, rehechos y reforzados por moriscos y renegados, vuelven a la lucha para taponar el hueco que dejaron y continuar la refriega con creciente ardor. Mas a los cuerpos extranjeros y al de Aventureros portugueses, es decir, a la línea de vanguardia, no le siguen las otras, y así queda a su retaguardia una amplia zona que anula las ventajas de la formación adoptada y aísla peligrosamente a los que en primera línea tan esforzadamente pelean. El rey había dispuesto que no se moviera tropa alguna si no mediante su orden, y como entonces, preocupados por arriesgadas acciones locales de bravo capitán y ajeno a su serena misión de caudillo, la orden faltó, fatalmente se produjo ese aislamiento. No sin razón un escritor militar portugués contemporáneo ha dicho que a la *Batalla de los Tres Reyes* «podría dársele con mayor certeza la denominación de *Batalla sin general*, pues tanto en el campo cristiano como en el moro faltó la dirección superior» (29).

(29) Capitán de Artillería don Dimas Lopes de Aguiar. *La batalla del Majazen de 4 de agosto de 1578*. Conferencia dada ante los jefes y alumnos de la Escuela del Ejército con ocasión de la Semana de las Colonias y publicada en la *Revista de Artilharía*, núm. 101, marzo de 1942.

En esa vanguardia, que lucha en situación tan comprometida, por obra de su propio empuje, se mezclan sus distintos elementos, y, como consecuencia de una noble rivalidad de nacionalidades, se adelantan unos a otros, ensanchándose así la zona que le separa de las restantes líneas del ejército y a la que ya apunta la caballería marroquí. Al caer herido el jefe de los Aventureros, Alvaro Pérez de Távora (30), su sargento mayor, Pedro López, para poner orden en la confusión y prever la eventualidad de una retirada, grita: ¡Alto! ¡Teneos! Estas voces, que sólo se referían a ese Cuerpo portugués, se propaga a los que junto a él luchan, dando lugar a la natural indecisión, y se repiten como señal de derrota en los acobardados tercios. Coinciden con tanto pánico y confusión la feroz arremetida de los peones del difunto *xerife* y el violento empuje de sus jinetes, que penetran por la fatídica brecha y envuelven por completo la vanguardia. De nada sirven ya las heroicas cargas de los caballeros del duque de Aveiro, quien muere como un valiente; de los jinetes fronterizos de Ceuta y Tánger, mandados por Duarte de Meneses (31), que cae prisionero; de los seguidores de *El Negro*, que, temeroso de la venganza de los suyos, huye del campo de batalla. Sucumben honrosamente los aventureros portugueses y los italianos; sublimizan su valor hasta morir, los españoles: los alemanes, que, envueltos con la caballería de Aveiro y Meneses, intentan rehacerse al abrigo de los carros, encuentran la muerte vendiendo caras sus vidas. La artillería, al perecer sus sirvientes y capitanes y pese al temerario intento del rey con sus cortesanos de defenderla, es capturada y los moros la emplean contra los propios cristianos.

Mientras se desarrollaban estos episodios, cuyos detalles y orden cronológico hoy es imposible concretar, los cuernos de la media luna del dispositivo marroquí avanzan para embestir el flanco de los tercios, en tanto que otros grupos de jinetes marchan a todo galope por la ladera opuesta al campo de la acción de las pequeñas alturas

(30) El Cuerpo de Aventureros lo mandaba Cristóbal Pérez de Távora; pero por acompañar al rey, el mando efectivo lo ejerció su hermano, el citado Alvaro Pérez de Távora.

(31) El citado, gobernador de Tánger y soldado muy experimentado en las luchas contra los moros, fué nombrado maestro general de campo, cargo semejante al actual jefe de Estado Mayor; pero lo cierto es que no ejerció tal cometido y ni siquiera acompañó al monarca en la batalla, ya que de orden real hubo de tomar en ella el mando de los aguerridos jinetes fronterizos.

que al Este le limitan, a las que ya he hecho anterior referencia; alcanzan el valle del Mejacen, que siguen aguas arriba, e irrumpen en la retaguardia portuguesa. Tanto en ésta como en los flancos las mangas de arcabuceros son deshechas y los bisoños piqueros se desbandan apenas sin pelear. El bloque cristiano se desmorona; la batalla se convierte en una serie de sangrientas luchas de grupos e incluso personales, en las que vencen la moral y el número de los marroquíes.

Sobre esta última fase de la batalla escribí en otra ocasión (32): «El rey, que acude a la retaguardia al conocer que los moros la han forzado, no toma —ni ya eficazmente lo hubiera podido hacer con aquellos acobardados tercios que, vencidos por el miedo, se dejaban destrozarse, sin intentar ni por instinto defenderse— ninguna disposición que tienda a aminorar la catástrofe. Pero si no sabe ser general, por su valor gana la aureola de héroe con que la Historia justamente le distingue. Incansable, se multiplica; esforzado, acude a los sitios de mayor peligro; lucha con sin igual valor. Reducido su acompañamiento a un menguado grupo de caballeros, pues honrosamente ha caído en el duro pelear la flor de la nobleza portuguesa y con ella el capitán español don Francisco de Aldana, en los momentos más comprometidos muestra una admirable serenidad, que se refleja en frases plenas del alto sentido de la realeza y del limpio concepto del honor, merecedoras de una devota recordación. Y quizá por lo mismo

(32) *La Batalla del Mejacen, o de los Tres Reyes, y su influencia política en España, Portugal y Marruecos*, conferencia dada el día 29 de febrero de 1944 en el Servicio Histórico Militar y publicada por dicho Centro en las páginas 41 a 67 del volumen *Curso de Conferencias sobre Historia, Geografía y Filosofía de la Guerra* (Madrid, 1947). Posteriormente, en 1945, en un asfixiante día de junio, tuve ocasión de recorrer aproximadamente el itinerario que siguiera el ejército del rey lusitano y estudiar la batalla sobre el mismo campo en el que se riñó: la inmensa llanada de Tamita, también de Alcázar, con el altozano, hoy asiento de un pequeño aduar, que encubrió el movimiento envolvente de la caballería marroquí, y en la que un a manera de hito cúbico de piedras y argamasa, coronado de sencillo adorno y con una cavidad que guarda los más extraños objetos votivos u ofrendas de los naturales, levantado en el lugar donde, según la tradición, murió *El Moluco*, y un vasto cementerio de moros y cristianos, en el que aún se señalan muchas sepulturas de los que allí murieron, materializan los recuerdos de aquella gran tragedia. E inmediato a la estación del Mejacen del ferrocarril Tánger-Fez, antes cuidado con amor por nuestras Intervenciones de Alcázar, se eleva un pequeño obelisco dedicado por las *Moçidades* del país hermano a la honra de Don Sebastián, símbolo *da raça lusíada*, como reza la leyenda esculpida en su frente.

que anhelaba encontrar una pronta muerte que le redimiese de sus yerros y le librase de sus torturas, la suerte, siempre caprichosa, quiso fuera de los últimos en sucumbir.»

Algunos historiadores —y hago un inciso en el relato que copio— ponen en duda esas frases, o en parte o su totalidad rotundamente las niegan, en tanto que otros, al basarse en escritos contemporáneos o relatos de testigos presenciales, las afirman. Se presentan las frecuentes e inquietadoras interrogantes: ¿Historia? ¿Leyenda? ¿Verdad? ¿Fábula? Tendrán razón los escépticos; mas yo quiero creer que se pronunciaron, o, en último extremo, que aunque tales frases no asomaran a los labios de Don Sebastián, indudablemente pudieron nacer en el cerebro atormentado de aquel *Capitán de Dios*, como él mismo se llamaba, en el que la inminencia de una muerte gloriosa —Heroísmo y Gloria son inseparables— disipaba pasadas brumas, y al que daba luz su profundo espíritu religioso y vigor su noble corazón.

«*¿Y mi honra?*, grita con enfado a un hidalgo de Tánger que al verle desmontado y herido le ofrece su caballo y, como conocedor del terreno, promete conducirle felizmente a Arcila. *¡Anímaos, compañeros; no lloréis, que la fortuna cruel no se vence con lágrimas!*, dice a sus leales que tristemente le rodean. Al preguntarle Cristóbal Pérez de Távora, su buen amigo de siempre, qué remedio les quedaba en tan doloroso trance, contesta con severa dignidad: *¡El del cielo, si vuestras obras lo merecen!* Cuando ya todo perdido ha de someterse a los moros que le estrechan, ataja la acción del conde de Vimioso, que quiere coger su espada para evitarle la amargura de ser él quien la rinda, y exclama: *¡La libertad real se ha de perder con la vida!* En los últimos momentos, al murmurar resignados los suyos que sólo les restaba morir, replica impetuoso: *¡Morir, sí; pero con honra!* Y como un héroe de leyenda cierra contra la masa enemiga para perecer luchando al lado de los fieles Vimioso, Juan de Portugal, Cristóbal Pérez de Távora y el paje Tello.»

La batalla terminó, a las seis horas de comenzada, con la total destrucción del ejército cristiano. Solamente medio centenar de portugueses pudo llegar a Arcila. El resto pereció en la refriega o quedó cautivo. La acción de los cabileños, que en los últimos momentos del combate, atraídos por el botín, irrumpieron en el campo, sumó horrores a la ya tremenda derrota.

VIII.—EPÍLOGO DE LA TRAGEDIA

Al día siguiente el azar reunió en el real de Muley Ahmed, ya proclamado soberano, los cuerpos de los tres monarcas que riñeron la batalla:

Abd el Malek *El Moluco*, vencedor después de muerto, venerado entonces por los suyos tanto o más que lo fuera en vida, trasladado con toda pompa y lucida escolta a Fez, donde solemnemente recibió sepultura.

Don Sebastián *El Deseado*, llorado por la noble nación portuguesa, enterrado en la alcazaba de Alcazarquivir (33), pues el nuevo rey negó su rescate a los portugueses (34).

(33) *En Miscelánea Histórica referente al rey Don Sebastián* (Madrid, s/f.), publicada por Ignacio Bauer y Landauer, figura una interesante *Relación de la Batalla de El-Ksar el Kebir.—4 agosto 1578.—(Luis de Oxeda)*, especialmente consultada en la redacción de este trabajo. En ella, escrita por el mencionado Luis de Oxeda, capitán que por haber asistido a la batalla fué testigo presencial de muchas de sus vicisitudes, y después, cautivo, pudo testificar también de las que sufrieron los cadáveres de Don Sebastián y *El Negro*, se refieren curiosos detalles que creo pueden satisfacer al lector, y que, fragmentados para no hacer extensas en demasía las notas, pero sin afectar ello a lo esencial del relato, en ésta, por lo que respecta al rey lusitano, y en la 35 en relación con el xerife marroquí, se copian. «*Esta manera, como yoan trayendo prisioneros, unos a otros preguntavan por el Rey, que hasta entonces lo tenían por vivo, entendiendo que havia escapado, hasta que llego D. Nuño Mascareñas, que conto de la suerte que fue su muerte... —... sería aquel propio día —el siguiente a la batalla—, martes a las 8. oras de la tarde, quando sono en el campo de los Moros grandes algazaras de plaser: entendida la causa, era que trahian el cuerpo del infelice Rey D. Sebastian muerto, que por la información de los Moros que en su muerte se havian hallado, havia el Xarife imbiado por el. Venia el que trahia el cuerpo, cavallero en una bestia de albarda, y trahialo delante atravesado, atadas las manos, porque no colgasen los braços, embuelto en un alfiquite o manta vieja. Desta manera llego a la puerta del pavellon donde el Moro estava y que havia salido a verlo, y dexo caer el cuerpo a los pies del Moro, que aunque Barbaro, hico con el semblante una muestra de dolor, y assi parecia por la obra que luego alli mando que le pusiesen al cuerpo d'El Rey unos calcones de tela, porque estava en carnes como quando nasgio... —Despues de haver estado el Moro un poco rato, a lo que demostro contemplando, por la miseria presente, lo que son los señorios d'esta miserable vida, se entro en su tienda, mandando a sus Alcaldes, que llevasen el cuerpo a la tienda donde estavan recogidos los hidalgos. Y assi luego aquellos Barbaros crueles e inhumanos, sin ningun respecto ni desencia, aciendo por los braços el cuerpo, lo llevaron arrastrando a la tienda que se les mando... —Aquella noche y otro dia, que fue el 3º de la batalla, queriendo el Xa-*

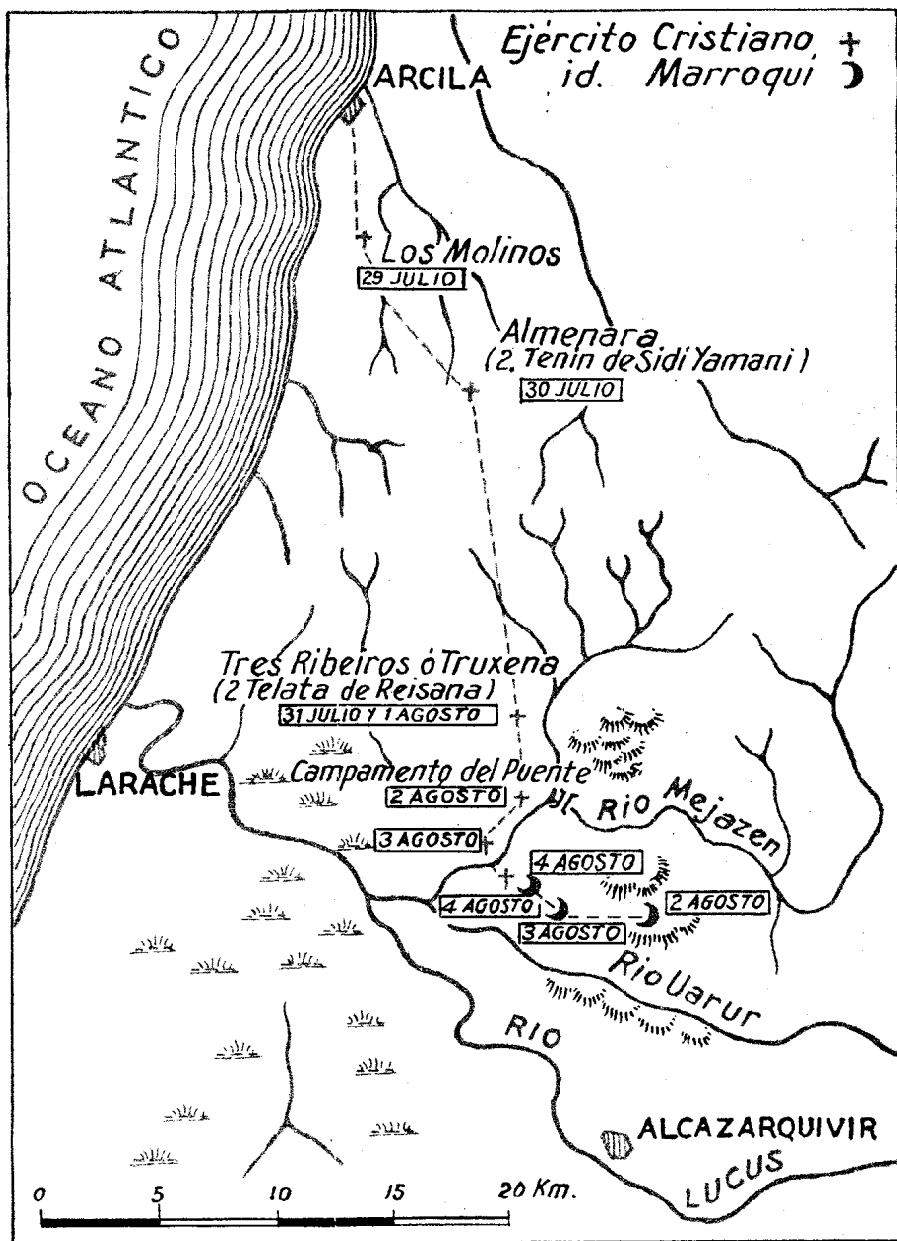
Mohamed *El Negro*, ahogado en las crecidas aguas del Lucus al intentar cruzarlas en su huida, a quien el odio marroquí no perdonó ni en la muerte, llamado también *El Desollado*, pues lo fué para rre-

rife caminar de allí con su exercito, vino a faltalle, para levantar sus tiendas y casa, el baguage necesario que solia traer, a causa de que los Moros que a su cargo esto tenian, como todo havia sido bulla, havia cada qual hidose por su parte cargados de la ganancia o ganima, que ellos llmn; y ssi faltó en que poder llevar el cuero d'El Rey, que allí estava en medio de aquel campo, descubierto a los ojos de todos los que lo querian ver. Aconteceme aqui acordarme de la gran miseria y desventura d'esta triste vida, como que no tuviese la Fortuna verguença de dar un fin tan triste y desdichado de los singulares reyes de Portugal, que, con tan milagrosas victorias, ensancharon e hicieron Reino un estrecho y esteril condado, que de antes era Portugal, passando su real poder y estandarte todo el ancho seño del mar oceano, hasta conquistar lo mas de las Indias Orientales; y lo que mayor admiracion deve causar, es verse estar assi el cuerpo de un rey tan poderoso, hijo, nieto y sobrino de los mayores Monarcas que en el mundo ha havido, desnudo en carnes 24. oras a vista de todos, sin que ninguno de los suyos se acordase de cubrillo, siquiera con un pedaço de lienço crudo, haviendo mucho de los suyos vestidos, y que, para mayor oprobio, en un solo dia deshiciesse la inica Fortuna tres reyes, que cada uno era valeroso en su tanto, para hacer Rey a uno que, quando le llamaron para reynar, se contentara para fenecer la vida siendo pastor... —El Xarife mando allí, al punto de su partida, que metiesen el cuerpo d'El Rey en la litera do estava el Tavora, y que le hechasen cal para consumir la carne, y que la litera, cerrada y sellada, la llevasen al Alcaçerquivir, para que la viese el Alcaide de allí en deposito y guarda, con intencion de hazer del lo que despues hizo, como se dirá. Donde todo lo dicho hizo con instrumento publico Melchor de Amaral, Corregidor de Corte, que allí estava cautivo, en presencia de Don Duarte de Menezes, que, porco ha, murió Visorrey de las Indias, y del Duque que oi es de Bergança, y Don Constantino, Conde de Tentugal, y Fray Vicente, de la horden de Santo Domingo, que esta en la India por arçobispo de Goa, y otros mas de 80. señores principales que allí estavan cautivos, que fueron d'esto testigos. Las heridas, que el Rey al cuerpo tenian, eran una muy grande sobre la cabeça, en el lado derecho, que parecia haver sido causa de su muerte, y otras pequeñas en toda ella; en el cuerpo no tenia otra mas que un arcabuzaçõ en soslayo, debaxo de un braço, y en la barba tenia una herida pequeña, y otra menor en uno de los dedos de la mano. Esto que escribo, yo doi fee que lo vi con los ojos, con los demas señores que he nombrado.» (Páginas 48, 49, 50, 52, 53 y 54.)

(34) Sin embargo, le concedió desinteresadamente a los españoles, y los restos fueron entregados en Ceuta al gobernador de esta plaza portuguesa en diciembre del mismo año de la batalla. Por último, ya rey de Portugal Felipe II, se ordenó su traslado a la iglesia lisboeta de Santa María de Belen, o monasterio de los Jerónimos, donde reposan en un túmulo entre los que guardan las cenizas de Vasco de Gama y Luis de Camöens.

nar su piel de paja y pasearla clavada en una pica por las principales ciudades del Imperio (35).

(35) «Y, a aquella ora propria —cuatro de la tarde del día siguiente a la batalla— truxeron al negro Xarife, que hallaron ahogado, hiendolo a buscar, por el dicho del Xequé Dula, que se havia criado con el y, a esta causa, por hacella algun servicio, lo havia seguido, quando vio que hukia; y dixo el Moro averse ahogado, por querer atravesar a cavallo el rio Locus, para ir a Larache, a guareçerse en nuestra armada, y que, como la ribera yva del todo crecida, porque la marea de la mar alcançaba alli, vencido el cavallo de la corriente, se trabuco con el; y dixo mas el Xequé que le havia arrojado dende la orilla, donde lo mirava, la lança en que se hiciese para sacallo; anado, diziendole que no desesperase y que bolviese a los suyos y lo llevarian por Rey, por quanto era El Maluco muerto; y el Xarife respondió al que le prometia su ayuda, que le agradeçia mucho la promessa, que se fuese en paz, que el escogia la agua por sepultura, pues no era raçon que en la tierra viviera ni muriese hombre tan desgraciado; y diziendo esto, se abaxo de la querella de su vida, muriendo ahogado. Y ansi truxeron su triste cuerpo, muy ignorme e hinchado; aunque mucho mas lo pusieron quatro Turcos, que, dentro de una tienda, lo desollaron, y hinchiendo el pellejo con la cabeça de pajas; y esto fue por mandato del nuevo Rey Barbaro, para imbiarlo a mostrar al Reino de Sus, donde el muerto se havia criado. porque en esta parte se crian los herederos de aquellos Barbaros.» (Págs. 48 y 49.)



Itinerario seguido por el ejército cristiano y últimos desplazamientos del marroquí.